

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 1.º DE MAYO DE 1910.

NUM. 122.



## LA ROSA ENCARNADA

**M**ariluz vino al mundo como todas las niñas de aquel tiempo, bajo la protección de una hada que la colmaba de dones y evitaba todo lo que pudiera perjudicarla. La niña creció entre flores y risas, desconociendo en absoluto las amarguras de la vida.

Una tarde estaba paseando por el parque de su palacio con algunas de sus amigas, y recorriendo hermosas alamedas, fueron á parar á

Ayuntamiento de Madrid

una plazoleta, en cuyo centro se elevaba un magnífico rosal con una sola rosa, de extraordinarias dimensiones y de un color rojo muy obscuro, que tenía la particularidad de conservarse siempre en el mismo estado, sin que el tiempo la marchitase, ni los vientos y las lluvias destruyeran su espléndida belleza.

Mariluz se detuvo ante ella, diciendo:

—¡Mirad qué bonita es! Me gustaría verla de cerca. ¿Cuál de vosotras sería capaz de cortarla? Está tan alta que yo no alcanzo.

—Yo, yo, yo—gritaron todas á la vez, y echaron á correr para alejarse del rosal y, tomando impulso, saltar mejor.

Las tres vinieron juntas, con tal precipitación que, al llegar frente al arbusto, se cayeron al suelo unas sobre otras. Mariluz se acercó á levantarlas, diciendo en tono de reproche:

—No seáis aturdidas; venid de una en una, y la que salte mejor alcanzará la flor.

Así lo hicieron; pero al llegar la primera y dar el salto, el rosal retrocedió y la niña, empujada por una fuerza invisible, cayó de espaldas.

Se armó el correspondiente alboroto al oírla asegurar que casi tenía la rosa en la mano cuando vió que el arbolillo se iba. Todas celebraron su ingenio, que tan fácilmente encontraba excusa para su torpeza.

Tomó carrera la segunda, dió el salto y fué á parar al otro lado de la planta, porque al sentir el contacto con la niña, se achicó hasta el punto de dejarla pasar por encima sin que tropezase con la codiciada rosa. Esto tampoco lo vieron Mariluz y sus amigas, creyendo que era otra invención inspirada por la derrota.

La tercera, con más afán que las otras dos, dió un salto digno de un circo, y seguramente hubiera cogido la flor; pero el rosal creció tanto, tanto, que alcanzó la altura de un álamo corpulento.

Las niñas se quedaron atónitas, no sabían á qué atribuir aquel extraño fenómeno, y si hubieran escuchado el consejo de la más juiciosa, se hubieran vuelto al palacio desistiendo de tan inútil capricho; pero Mariluz, que veía por primera vez un obstáculo para realizar su deseo, insistió, negándose enérgicamente á seguir á sus amigas, que la amenazaban con dejarla sola, obligándolas á discurrir para encontrar un medio de llegar á la cima del árbol. Se sentaron en el suelo las cuatro, formando un artístico grupo, mientras pensaban la manera de coger la rosa. Un ruido extraño las hizo volver la cabeza, y vieron á una viejecita, de expresión dulce y bondadosa, que venía hacia ellas. Reconociendo á Mariluz, se sentó á su lado, y acariciando su cabecita rubia, la dijo:

—¿Por qué te obstinas en poseer esa flor?

—Porque es bonita.

—Otras tan bonitas como ella tienes en el parque, y nunca se te ocurre cortarlas, teniéndolas al alcance de tu mano.

—Es verdad—suspiró Mariluz;—pero como éste es el primer ca-

pricho que no he podido satisfacer en el acto, sólo por eso tengo empeño en conseguirlo.

—¡Pobre niña! Tú ignoras lo que esa planta representa, y no comprendes las amarguras que se esconden entre sus hojas. Hasta ahora, tu vida ha sido una cadena no interrumpida de dichas, no has visto nubes en el horizonte; las lágrimas ajenas no han oprimido tu corazón, ni las propias han empañado tus ojos; eres feliz gozando de los dones que el cielo te ha concedido; pero si pretendes desobedecer al Todopoderoso, que por mi conducto te prohíbe tocar esa flor, no te quejes de las consecuencias funestas que tendrá para ti.

La viejecita se fué, y las tres amiguitas se levantaron para marcharse; pero Mariluz las detuvo con un gesto imperioso, y dejando oír una sonora carcajada, exclamó:

—Yo sola cogeré la rosa, para demostraros que sois un poco torpes—y corriendo hacia el árbol, dijo:—Una, dos, tres.

Pero antes de dar el salto, una legión de mosquitos rojos inclinaron la rama que la sostenía y la pusieron entre las manos de la niña. Sus amigas, asustadas, gritaron:

—¡No la cortes, acuérdate de la viejecita!

Los mosquitos, al oír esto, taladraron con su aguijón el tallo de la flor, temerosos de que Mariluz se arrepintiera, y la dejaron en posesión de lo que tanto deseaba. Ella aspiró con fruición su suave aroma, contempló embelesada su hermosura, y la dió mil besos, escondiendo su carita entre los pétalos rojos. De pronto dió un grito, y una de sus nacaradas manos se tiñó de sangre...

Mariluz ríe y canta, pero no siempre; alguna vez sus ojos tienen una expresión profundamente triste, y su pecho se levanta para dar paso á un suspiro. ¡Ya sabe llorar! ¡Ha disfrutado de los placeres que una legión de mosquitos rojos puso á su alcance, y ha tropezado con la espina que Dios puso entre sus manos para enseñarla á levantar la vista hacia el cielo!

Como Mariluz somos todos; seríamos felices si supiéramos gozar de las múltiples gracias que á cada instante recibimos y si siguiésemos las inspiraciones divinas; pero esto nos aburre, y corremos en pos de la rosa que encierra los placeres mundanos; Luzbel se precipita á enviar sus mosquitos rojos, ocultos en las formas más seductoras, para que nos ayuden á cogerla; gozamos de su aroma, nos deleitamos con su belleza; pero tropezamos con la espina, inseparable compañera de los placeres que no se fundan en el amor de Dios.

MARÍA DE PERALES.



## FILARMONIA INFANTIL

### V

**E**n el acto segundo, al ver Julito en la escena á uno con unas llaves que va á abrir las puertas del castillo, grita:

—El sereno, el sereno; éste es el que nos abre todos los días la puerta, sólo que ahora va disfrazado.

—No seas bárbaro—le dice Ricardito.—¿No sabes tú que en los castillos y ciudades antiguas se abrían y cerraban las puertas de sus murallas al amanecer y después de anochecido?

—Y dime tú, ¿por qué han quitado entonces las puertas de la *Puerta de Alcalá* en la plaza de la Independencia? ¿No era por allí por donde se entraba en Madrid?

—Pues muy claro—dice Paquito.—Porque no servían para nada. ¿No ves tú que una gran parte de Madrid prefería quedarse todas las noches fuera, al raso? Pues empezaron á hacer casas y casas, para no tomarse la molestia de llamar á ese de las llaves, que ya sabes que acostumbra á ser unos tíos *pelmas* que te hacen estar dos horas de plantón en la calle.

—Sí; primero harían tiendas de campaña—dice sesudamente Pepito.

—Y después la calle de Serrano, la de Claudio Coello, la de Velázquez.

—Etcétera, etcétera, etcétera—repone irónicamente Ricardito.—  
¡Qué atrasados estáis! Si creeréis que eso es cosa de coser y cantar,  
y que el ensanche de Madrid es obra ya de los godos...

—¿Pues qué—exclama con toda ingenuidad Julito,—la Gran Vía  
que van ahora á abrir, y ahora sí que va de veras, no la proyectó ya  
el rey Wamba? Porque el otro día decía un señor muy grave hablando  
con papá, y con voz muy fuerte: *Esa célebre Gran Vía, que está en  
proyecto desde los tiempos del rey Wamba...*

—¡No comprendes que eso son... *comparaciones?*—replica indigna-  
do Ricardito.—Pero nos hemos desviado, *señores*, de la cuestión más  
importante, y es acabar de deciros lo que son algunos instrumentos de  
la orquesta. Así, por ejemplo, esos de metal que suenan tan fuerte,  
mayores que los cornetines y menores que los bajos.

—¿Esos que parece que se van y vuelven?—dice Julito.

—Esos mismos, sí; esos son los trombones, que ya veis que hacen  
buen papel con la trompetería del *heraldo*.

—¿Aquí también dejan vender el *Heraldo*?—exclama asombrado  
Julito.

—No seas babiéca, hombre, que parece que lo haces expresamente.  
El *heraldo* ó pregonero del rey es ese que se adelanta de vez en cuando  
con las cornetas para pregonar las órdenes que el rey le comunica.

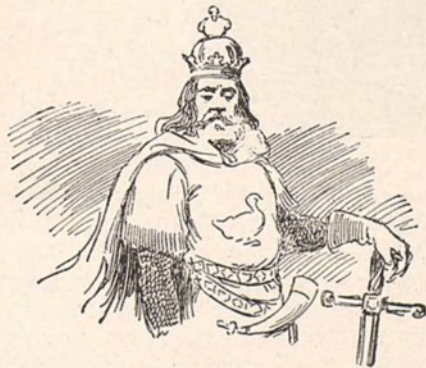
—Se parece á una tarjeta postal que tengo en mi colección. ¿Ese es  
el que manda más después del rey?

—Ese sólo manda á todos los tontines, como tú, que los lleven á  
acostar temprano y no vengan á estorbarnos en el teatro á las personas  
mayores y á los amigos de las cosas serias, como yo, por ejemplo.

—¡Qué raro!—exclama Julito, quedándose del todo perplejo.—¿Y  
eso también se lo manda el rey?

—No... Eso es cosa de las nodrizas y de las abuelas—contesta gra-  
vemente Ricardito.

ENRIQUE SANCHEZ TORRES.



# UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

## XVIII

Quién nos toca hoy, Juanito?

—Aquí quedamos... Me parece que... Sí, sí... Este es el que nos corresponde. D. Alfonso VIII de Castilla. Murió en 1214.

—Eso dice el pedestal, por lo visto... Y tú lo has leído perfectamente, vaya...

—Sí; lo dice el pedestal.

—¡Mira qué casualidad! Don Alfonso VIII junto a su hija doña Berenguela y no muy distante de su yerno, D. Alfonso IX de León, de los cuales ya hemos hablado... ¿No lo recuerdas?

—Sí, papá.

—Casi, casi ya hemos dicho, al hablar de ellos, cuanto hay que decir del bueno de D. Alfonso VIII. Sin embargo, conviene saber lo que de él os ha enseñado D. Jenaro. Venga de ahí.

—Alfonso VIII de Castilla sucedió á su padre siendo menor de edad, reinando bajo la tutela de los nobles, que por tal causa anduvieron en constantes luchas, que comprometieron la paz interior del reino.

—Sí. Esto es algo perogrullesco. Y no estaría demás que me dijeras quiénes fueron esos nobles que se peleaban por la tutela de su rey.

—No lo sé.

—¡Vaya por Dios...! No es que sea muy preciso saber sus nombres, pero sí convendría después de la alusión. Sigue, sigue.

—Llegado á su mayoría de edad, estuvo casi siempre en guerra con su primo, el rey de León, pues ambos trataban de conquistarse mutuamente el reino para unir los dos en una misma mano.

—¡Claro! Esta es una verdad también de Perogrullo. Adelante.

—Por fin terminó tal estado de cosas con la intervención de la nobleza de los dos reinos, concertándose el matrimonio de doña Berenguela, hija del de Castilla, con el rey de León.



ALFONSO VIII

—Y ya sabemos cómo terminó definitivamente el pleito, en tiempos de Fernando III el *Santo*. No lo habrás olvidado.

—Alfonso VIII consiguió grandes victorias contra los musulmanes, particularmente en la batalla de las Navas de Tolosa, nombre con el que ha pasado á la Historia.

—Bueno, no es muy allá ese compendio; pero, en fin, á falta de otro... Vamos con el vecino.

—Es vecina.

—Lo mismo da.

—Doña Petronila de Aragón.

—Bien. Empieza cuando quieras.

—¡No sé nada de esta señora!

—Ya veo que D. Jenaro concede poca importancia á las reinas.

—No, papá.

—Por lo menos, á las que no son muy populares. Y el caso es que esta doña Petronila tiene su puesto en la Historia, no sólo por sus condiciones personales, sino también por representar un momento interesantísimo en su pueblo. Fué hija de D. Ramiro II, el cual, deseando abdicar en ella la corona, sometió el proyecto á las Cortes, junto con el del matrimonio de dicha doña Petronila con el rey de Castilla, que lo era entonces D. Alfonso VII. Las Cortes no aceptaron este enlace, proponiéndole, en cambio, con Ramón Berenguer, IV conde de Barcelona. Se efectuó á su debido tiempo, y Ramón Berenguer reinó en Aragón con el título de príncipe, bien que se acordó que el reino pasara á la descendencia

de su mujer, respetando, en tanto, sus usos y costumbres. Ya ves cómo es interesante, porque si entonces se une Castilla con Aragón...

—Bueno, ¿y qué más?

—Al enviudar doña Petronila, reunió Cortes en Huesca, y allí se acordó que tomara el gobierno de Aragón, durante la minoridad de su hijo, el que luego se llamó Alfonso II. Cuando éste tuvo la edad, su madre se retiró á la vida privada, dejando un buen recuerdo.



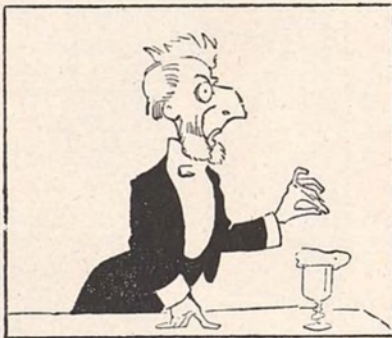
DOÑA PETRONILA



1. Según Darwin, cuyo criterio abono, fue del e género humano, padre el «mono».



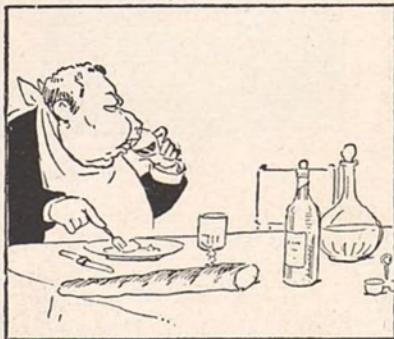
2. Y es cierto que se ven por esas calles pruebas de esta asección en mil detalles.



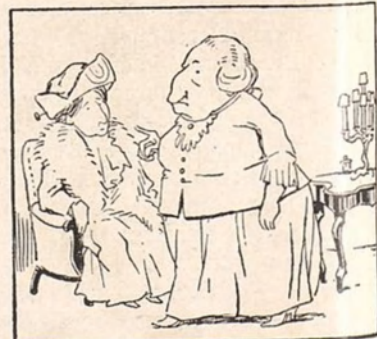
5. Ello será en la regla una excepción, mas como ésta, citar puedo un millón.



6. Podréis ver que en mi tesis nada yerro si á proclamar me atrevo al «padre perro».



9. No precisa gran ciencia y ser muy lerdo para hallar ejemplar del «tipo cerdo».



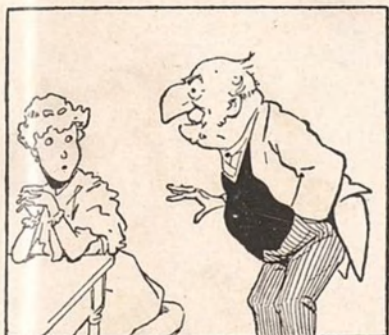
10. Y lo mismo que hay agua y aire y fuego hay seres que provienen del «borrego».



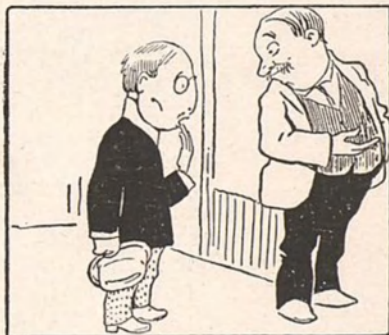
3. Mas yo voy á oponer mis objeciones, fruto de mi saber y observaciones.



4. En más de una ocasión obtuve un dato; y es que hay personas nietas de algún «gato».



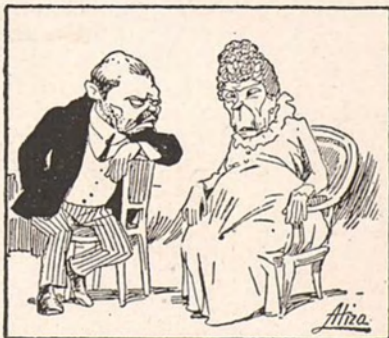
7. Y casos hay, aun cuando lo deploro en que resulta nuestro abuelo el «loro».



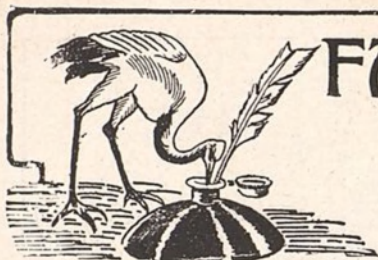
8. Habréis visto en Madrid ó en Soria ó Lugo que es posible que Adán fuera un «besugo».



11. Más de cuatro confiesan con recelo que hay muchos descendientes del «mochuelo».



12. Y... hasta la cucaracha y garrapata dejaron sucesor, ¡qué mala pata!



# FABULAS ESCOGIDAS

## LOS GOZQUES Y LOS DOS AMIGOS

KRILOFF (1)

Teniendo el tiempo de sobra  
dos amigos una tarde,  
paseaban, platicando  
de cosas leves ó graves.

Un gozquecillo les sigue,  
ladrando á desgañitarse;  
al ruido de sus perreras  
cuatro, y cinco, y doce salen,  
y quince, y veinte, y cuarenta,  
que ensordecían el aire.

Uno de los dos amigos  
los increpa con coraje,  
asiendo una dura piedra  
que amenaza dispararles.  
“¿Estás loco?, dijo el otro.  
¿Has visto alguno que trate  
de enseñar buena crianza  
á la canina falange?”

Tenía razón; apenas  
empezaron á alejarse,  
el ruido, disminuyendo,  
cesó por fin, pues los canes,  
cansados, faltos de alientos,  
y ya resacas las fauces,  
abandonaron el campo  
poco á poco, retirándose.  
Así sucede en el mundo  
con el humano carácter;  
la crítica le exacerba,  
y librarse de ella es fácil;  
despreciando sus ladridos  
concluye, al fin, por callarse.

JAIME MARTI-MIGUEL.

(1) Juan Kriloff, llamado el Lafontaine ruso, nació en 1768, muriendo en 1844. Hasta los cuarenta años no se reveló como fabulista, pero desde luego fué notable por su perfección en este género; sus fábulas han sido traducidas é imitadas por muchos poetas franceses.



## LOS PAJARILLOS

### ESCENA II

Dichos y COLAS

COLAS. ¡Ah!, ¿sois vosotros? Yo  
[oía  
que alguien estaba llamán-  
[dome,  
y miraba entre los trigos,  
pero no veía á nadie;  
¿qué os sucede?

AMPARO. Colasillo,  
tengo una pena muy gran-  
[de

COLAS. ¿Una pena?

JACINTO. Hemos hallado,  
caído al pie de esos árboles,  
este nido,

AMPARO. Ves, qué lástima.

COLAS. A ver, A ver. Son zorzales.

AMPARO. Se van á morir.

COLAS. Quia, tonta.

AMPARO. Sí; van á morir-se de ham-  
[bre.

JACINTO. Como son tan pequeñitos  
y no tienen á sus padres.

COLAS. Tienes razón que estos  
[tontos  
de pajarracos no saben

comer, como no los llenen  
el buche.

AMPARO. Mira cómo abren  
el pico, ¿no te da lástima?  
JACINTO. Tú que tantas cosas sabes,  
dinos cómo los salvamos  
de la muerte.

COLAS. No es tan fácil;  
porque yo no sé qué comen  
estos bichos. Esta tarde  
podíamos ir á casa  
de la hermana del alcalde,  
que ha criado siempre pá-  
[jaros.

JACINTO. Eso, y podemos llevarle  
el nido.

AMPARO. No es mala idea;  
¿pero y si se mueren an-  
[tes?

JACINTO. Es verdad que es mucho  
[tiempo.

COLAS. ¡Sí que es mucho! ¡Pero  
[tate!

AMPARO. ¿Qué?

COLAS. Que me estoy acordando  
de una cosa.

JACINTO. ¿A ver?

COLAS. El sastre

se encontró un nido como  
 y no sabiendo qué darles  
 fué y lo metió en una  
 sujetó con un alambre  
 la puerta, en vez de ce-  
 porque hasta que fueran  
 no había ningún cuidado  
 de que pudieran largarse,  
 puso la jaula en un árbol,  
 y allí acudían los padres  
 hasta que se los criaron.  
 ¡Es una idea admirable!  
 Corramos al pueblo enton-  
 antes de que sea tarde,  
 á que nos den una jaula.  
 Y, mientras tanto, ¿qué se  
 de estos pobres?  
 Colocamos  
 el nido en un árbol. Dadme  
 una cuerda ó una cinta  
 para poder sujetarle.  
 Yo no tengo.  
 Yo tampoco.  
 ¿Sirve mi corbata?  
 Trae,  
 ponte debajo del árbol  
 para que puedas auparme.  
 Yo no sé si tendré fuerza.  
 Si yo pudiera ayudarte.  
 ¡Quita! Agradezco el de-  
 pero no podrías.  
 ¡Válgame  
 Dios!, qué gente más floja.  
 Me pondré yo. ¡Vaya!  
 al tronco y te vas subiendo,  
 que yo te auparé.  
 No sabes  
 lo mucho que lo agradezco.  
 Dadme el nido. Voy á  
 á esta rama, ¿te parece?  
 Muy bien.  
 Sí.  
 Ya está  
 Pues bájate.

¡Canario!  
 ¿Qué?  
 Sí, apostaría  
 á que son los padres  
 esos que revolotean  
 junto al árbol.  
 Sí, apartarse,  
 no se asusten de nosotros.  
 Silencio. (Suen un tiro.)  
 ¡Virgen del Carmen!  
 Esto nos faltaba ahora,  
 que vengan y me los maten.  
 (Mirando hacia la dere-  
 Un cazador. [cha.]  
 Dadle voces.  
 ¡Eh!  
 ¡Alto!  
 ¡Socorro!  
 ¡Pare!

## ESCENA FINAL

### Dichos y UN CAZADOR

¡Dios mio, unas criaturas!  
 ¿Habré herido á alguna?  
 ¡Horror!  
 ¡Ay, por piedad, caballero,  
 no cace por aquí hoy!  
 Hablad pronto. ¿Qué ha  
 ocurrido?  
 ¿Está alguno herido?  
 ¡No!  
 Pues me habéis dado el  
 [gran susto,  
 chiquillos.  
 Mire, señor.  
 Hemos encontrado un nido  
 que la tormenta arrancó.  
 Lo pusimos en un árbol,  
 y tenemos la ilusión  
 de que sus padres los críen.  
 ¡No los mate, por favor!,  
 que hacen falta á sus hiji-  
 [tos.  
 ¡Animalitos de Dios!  
 No tengas cuidado, niña,  
 por otra parte me voy,  
 que no quiero causar penas  
 á quien tal prueba me dió  
 de bondad y me ha enseñado  
 á tener buen corazón.



RELATOS DE CAZA

## BONITA EXCURSION

Un día que no había nada que hacer en el Ayuntamiento, el alcalde y el secretario se metieron en una tartana con sus escopetas y con una buena merienda, y allá fueron por la carretera adelante hacia un monte algo distante, que en medio de la llanura alzaba su peñascosa pesadumbre. Por el camino suscitóse la conversación de si era mejor el vino del alcalde ó el del secretario, y, para poder juzgar con conocimiento de causa, requirieron las botas y comenzaron á trasegar sendos tragos. Fué opinión unánime la de que no había en el pueblo vinos que pudieran competir con los suyos; pero, á partir de este incontrovertible principio, todo fueron disensiones y desavenencias.

—¿Ha perdido usted el paladar...? ¡Si esto es gloria pura...!

—Y tú, ¿has vendido el gusto por dos ochavos? ¡Si esto es ambrosía...!

Y con esto tornaban á alzar las botas, teniéndolas suspensas sobre las bocas como si estuvieran tomando con ellas puntería á una fantástica pieza. Al poco tiempo volvió á reinar entre ellos la más perfecta unanimidad respecto á que los dos vinos sabían perder el camino y cambiar el del estómago por el de la cabeza. Sus mejillas adquirieron tónos aurorales por lo purpúreas; sus narices, por no ser menos, también lucieron sus sonrosados tintes, y sus ojos, tras un brincoteo alegre y loco de pupilas, se fueron entornando, hasta que se cerraron...

Ayuntamiento de Madrid

Viéndose la mula que ni le tiraban de las riendas, ni la acuciaban con voces, ni la amedrentaban con el restallar del látigo, empezó á caminar más despacio. La cinta de la carretera se extendía culebreando entre los campos. Dos ó tres nubecillas plateadas y vaporosas corrían por el cielo azul. En las zarzas, que festoneaban las veredas, jilgueros y alondras cantaban la alegría de su vivir libre, y las recién nacidas mieses ponían en el suelo una nota suave de color, que parecía de verde terciopelo. La mula se detuvo varias veces y, pasadas tres horas, como sintiera su estómago martirizado por el hambre, dió media vuelta á la derecha y se metió en un sembrado, donde comenzó á satisfacer su perentoria necesidad. Hallábase entretenida en tan sabroso menester, cuando un guarda que vagaba por los alrededores se llegó á la tartana, vió en su interior dos individuos que, con los sombreros caídos sobre el rostro y con las botas vacías á sus pies, dormían y roncaban que era una bendición, y sonriéndose de su hazaña y no metiéndose en más averiguaciones, antecogió á la mula de las riendas y tomó el camino del pueblo...

Llegó á él cuando anoecía, y no bien hubo metido la tartana en el portalón del Ayuntamiento, empezó á gritar á los ocupantes:

—¡Eh, amigos! ¡Hala! A ver al señor alcalde...

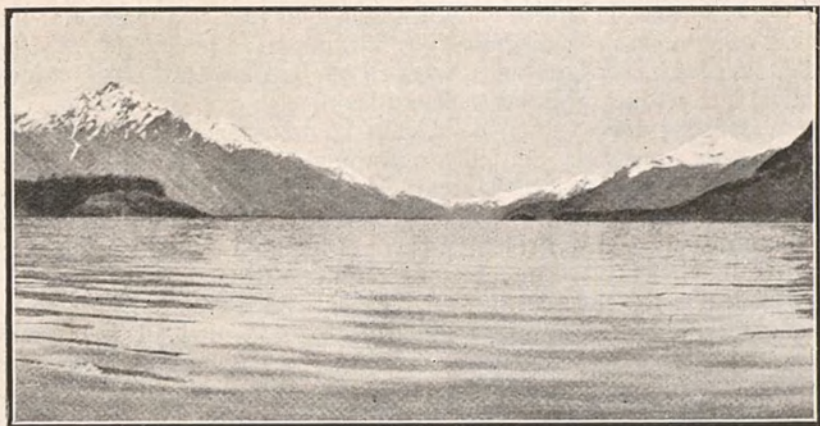
Despertó éste, volvió en sí el secretario, quedóse, al verlos, turulado el guarda, pasmáronse los alguaciles y, cuando todos se rehicieron de sorpresa y se explicaron lo sucedido, el alcalde exclamó:

—¡Bonita excursión, á fe mía...!

Y una homérica carcajada retumbó en el amplio portalón...

José A. LUENGO.





## MODIFICACIONES SUPERFICIALES DE LA CORTEZA TERRESTRE

### EROSION

Ya hemos podido juzgar el papel tan interesante que en los cambios de corteza terrestre juegan dos fenómenos: el que eleva mecánicamente las montañas, y el de igual trascendencia, pero de tardo y suave efecto, conocido con el nombre de sedimentación.

La sedimentación no es otra cosa que el paulatino depósito de tierras acarreadas por las aguas, que con el tiempo constituyen fajas de terreno de cierta homogeneidad y consistencia. Es, pues, la sedimentación fuerza constructora á la que el agua presta toda su virtud.

El agua es también en otros casos agente destructor, dotado de fuerza incalculable y de perseverancia secular. Su trabajo produce sorprendentes resultados, hasta el punto de borrar cuanto han creado los cataclismos geológicos y los movimientos engendradores de montañas. Vemos, pues, que, por un lado, contribuye á erizar de elevados picos la superficie de las tierras, y por otro, redondea y aplanan todos los salientes y desigualdades con incansante labor demolidora. A esto se llama *erosión ó denudación*.

La erosión ejerce su influencia de dos modos: química y físicamente. Por el primero, el agua obra como reactivo (substancia capaz de asociarse á otros cuerpos ó de modificarlos), aislando é individualizando los elementos químicos que componen las rocas, lo que conduce á una desagregación ó pulverización, en cierto modo, de las masas sólidas.

Físicamente actúa la erosión mediante el roce ó "frotamiento" del agua con la tierra (rocas, arenas), bien cuando aquella se desliza mansa sobre capas impermeables y sin cauce determinado, ó cuando por su caudal y velocidad constituye un torrente.

Otras formas de intervención del agua ayudan á esta tarea. Las lluvias, que preparan la disgregación, filtrándose hasta grandes profundidades; las heladas, en las alturas en que existen temperaturas muy bajas, que resquebrajan las peñas, y las nieblas que, con el exceso de humedad que representan, completan la destrucción gradual.

El agua, revestida de todas esas modalidades de su actividad, arranca las partículas cuya separación hicieron posible los fenómenos antes indicados, y las conduce, tarde ó temprano, en suspensión, ó disueltas, si son solubles, hasta el lugar en donde ha de terminar su movimiento y comienza un reposo que dura enormes períodos.

Así expuestos con sencillez tales hechos, no despiertan idea de su poder. Es necesario, para aproximarse algo á la realidad de la grandeza que tienen, pensar que su influjo basta para que desaparezcan montañas tan altas y extensas como los Alpes y el Himalaya, con cuyos despojos llenan las depresiones oceánicas. Tanta inmensidad de tiempo como requieren esas transformaciones, que hacen de la vida de un hombre instante pequeñísimo para advertirlas, es el incontrastable esfuerzo nivelador que suponen, y que convertiría la tierra, si ésta no se hallara en constante mudanza, en un esferoide perfecto, geoméricamente equilibrado, capaz por su absoluta regularidad de toda clase de igualdades.

Admitamos para demostración de este aserto la existencia de las montañas que los geólogos afirman que fueron las primitivas rugosidades del planeta. Cuatro macizos montañosos alrededor del polo Norte son los primeros señalados. De ellos apenas quedan rasgos que permitan adivinarlos, aunque se hallaban emplazados en tal forma y su extensión era tanta, que no sólo Europa, sino Asia y América conservan huellas que lo atestiguan.

Después, una segunda cadena que atraviesa toda Europa, desde la extremidad de nuestra Península hasta el Océano Glacial, surcando parte de lo que hoy es Francia, Alemania y Rusia. De ella, sólo la meseta española (*llanura* central y más elevada de España); la Bretaña, llanura central, y Vosgos, en Francia; la Selva Negra en Alemania, etc., son los restos denunciadores de elevaciones que indudablemente tuvieron mucha importancia. Nadie diría, cuando contempla los desiertos arenales de la Mancha, que hace miles de años sirvieron de asiento á unas montañas de grandísima altitud.

Esto es obra de la erosión, y si hoy se encuentran montañas como los Pirineos, Alpes, etc., nacidas en tiempos muy próximos y que parecen desafiar los efectos corrosivos de la fuerza que constantemente tiende á empequeñecerlas, y ostentan pleno vigor é integridad aparentes, no puede interpretarse más que como prueba de su juventud, pero no de que escapan á esa ley que habrá de convertirlas en planicies donde sólo investigando quede memoria de que fueron.

JUAN ANTON.